

Recensioni

Yolanda BLASCO – María Fernanda MANCEBO, *Oposiciones y concursos a cátedras de Historia en la Universidad de Franco (1939-1950)*, Valencia, Publicaciones de la Universitat de València, 2010, 279 pp.

Las autoras, dedicadas a la historia de la universidad española, aspiran en este libro a estudiar las oposiciones a cátedra de Historia desde 1939 hasta 1950. En la introducción anuncian que, a su juicio, en esas oposiciones compitieron los principales grupos de poder y las grandes «familias» del franquismo en la pugna por las cátedras; y, en ese contexto, hacen referencia al Opus Dei. Describen la universidad española de los años cuarenta como una institución empobrecida: «la guerra civil española cambió en esencia la universidad republicana y rompió el proceso de recuperación y modernidad que se había iniciado desde fines del siglo XIX» (p. 23). Así pues, la universidad de la postguerra era «una oficina subalterna de propaganda del régimen» (p. 25); y, además, «diezmada, conservadora, católica y sometida al régimen» (p. 27). Ese planteamiento rige todo el libro.

El primer capítulo, «Las reformas de la República» (pp. 31-44), trata brevemente de las oposiciones a cátedra en los años treinta. A continuación, en el segundo capítulo, titulado «La universidad católica e imperial» (pp. 45-74), de acuerdo con la perspectiva indicada, se ocupa de «las familias del franquismo»; entre las que incluye la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, Acción Española, Falange y el Opus Dei. La perspectiva es simplemente política, sin apuntar siquiera a la posible existencia de otros factores. En el apartado dedicado a «El Opus Dei» (pp. 69-74) y en otras páginas del libro aparecen bastantes referencias a esta institución de la Iglesia Católica caracterizadas por su inexactitud, imprecisión y, a veces, contradicción. Como botón de muestra, se dice que la fundación del Opus Dei tuvo lugar durante la República (p. 54) aunque más adelante se deja constancia de que se fundó el 2 de octubre de 1928 (p. 70). En la mayor parte de las ocasiones apoyan sus juicios en el trabajo de Jesús Ynfante (pp. 70-71). Me parece conveniente detenerse en ésta y otra fuente, pues determinan esta obra.

El libro más citado es el de Jesús Ynfante (*La prodigiosa aventura del Opus Dei: Génesis y desarrollo de la Santa Mafia*, Ruedo Ibérico, París, 1970, 451 pp.). Ynfante, periodista andaluz, nacido en 1944, declara que en este libro se propuso realizar una investigación sobre el sentido y el alcance de esta institución. De hecho, esa investigación brilla por su ausencia y la obra manifiesta una postura hipercrítica acerca del objeto de estudio, definiendo el Opus Dei como una organización netamente española en la línea del clerical-autoritarismo. A modo de anexo, Ynfante incluyó una larga lista de personas a las que el autor consideraba socios militantes y simpatizantes del Opus Dei, que provocó muchísimas protestas por la falta de fiabilidad. A la redacción de la editorial Ruedo Ibérico en París llegaron numerosas cartas en las que los remitentes negaban que formasen parte de dicha institución. Años después, en el 2000, Albert Forment escribió una biografía de José Martínez, fundador y promotor de Ruedo Ibérico (*José Martínez: la epopeya de Ruedo Ibérico*, Anagrama, Barcelona, 2000). En este libro, Forment se refiere a los reiterados enfados del editor por la carencia de seriedad de Ynfante durante la elaboración del manuscrito, que se multiplicaron después por las protestas de no pocas personas de la lista de socios y simpatizantes. Los juicios que había emitido Ynfante, hicieron que algunas personas se sintieran ofendidas y llegaron a amenazar con poner pleitos a la editorial; alguno llegó a querellarse, como el profesor Enrique Moreno Baez, catedrático de Literatura en la Universidad de Oviedo. En la biografía sobre José Martínez, Forment da un juicio duro sobre el libro de Ynfante: «mal estructurado, mediocrementemente escrito, en definitiva, poco acertado y sin el nivel intelectual requerido» (p. 387). El hecho es que, a pesar de las carencias y deficiencias del manuscrito, el editor decidió publicarlo porque pensaba que iba a ganar dinero con el libro, y también porque consideraba que el Opus Dei era uno de los pilares de lo que él entendía como parte del régimen franquista, que deseaba debilitar. Las autoras de *Oposiciones y concursos*, a pesar de todo, ensalzan a Ynfante llegando a dedicarle una página entera (p. 128), en la que –a modo de homenaje– se llega a reproducir la portada de la primera edición de uno de sus libros. No cabe duda que las autoras consideran acriticamente este escrito como la obra fundamental a la hora de respaldar sus opiniones sobre el Opus Dei.

Dos años antes de la publicación del libro a Ynfante, Ruedo Ibérico había publicado otro libro contra el Opus Dei (*L'Opus Dei en Espagne. Son évolution politique et idéologique*, Ruedo Ibérico, París, 1968, 172 pp.) al que también se refieren las autoras del libro que comentamos (p. 70). En este caso, el autor es el hispanista francés Jean Bécarud, bibliotecario del Consejo de la República de París, que había firmado con pseudónimo (Daniel Artigues). En este escrito soslaya la naturaleza y el mensaje espiritual del Opus Dei y atribuye a algunas personas del Opus Dei el intento de control del régimen de Franco. El libro apareció pronto traducido en castellano, cambiando el título y añadiendo algunas páginas más (*El Opus Dei en España 1928-1962. Su evolución ideológica y política de los orígenes al intento de dominio*, Ruedo Ibérico, París, 1971, 251 pp.). Años después, Jean Bécarud reconoció errores e imprecisiones en diversos pasajes de su escrito y, en particular, deficiencias de metodología y de

enfoque, ya que no tuvo ningún contacto con personas del Opus Dei y comparó esta institución católica con la Institución Libre de Enseñanza («El itinerario de un hispanista en la época de Franco», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* 39 [2000], pp. 39-62).

El hecho de no citar –probablemente por no haberla leído– la biografía de Forment sobre el promotor de Ruedo Ibérico, ni tampoco la rectificación de Bécarud, lleva a Blasco y Mancebo a basar sus afirmaciones en dos fuentes bibliográficas carentes de rigor científico. Por otro lado, desconocen o no citan las publicaciones que se han escrito sobre el Opus Dei, salvo algunas citas de un ensayo de Antonio Fontán (*Los católicos en la Universidad española actual*, Rialp, Madrid, 1961, 160 pp.), en el que trata el tema de las cátedras. Blasco y Mancebo lo minusvaloran por estar firmado por un miembro del Opus Dei, al que califican despectivamente como «apologista» (p. 69), y por escribir desde lo que califican la más pura ortodoxia (p. 70). Lamentablemente, no reparan en un epígrafe de Fontán sobre la libertad total de las personas del Opus Dei en temas profesionales, culturales y políticos.

Blasco y Mancebo se ocupan, por lo demás, no sólo de las cátedras universitarias sino también de otros temas como el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), sobre el que afirman que estuvo controlado por el Opus Dei, gracias a Albareda, que fue su secretario (p. 71). Las referencias a este científico no se caracterizan por la precisión: a título de ejemplo, en varias ocasiones al secretario del CSIC se le llama José Luis [sic] Albareda Herrera (p. 49; p. 127; p. 129; p. 260), en vez de José María Albareda. Las autoras afinan algo más en la descripción de la revista *Arbor*, al sostener sus análisis en las monografías y los artículos de los historiadores Gonzalo Pasamar y Onésimo Díaz, especialistas en política y cultura durante el primer franquismo. No obstante, Blasco y Mancebo terminan juzgando que la revista *Arbor* era un instrumento al servicio del Opus Dei (p. 74). Tanto en el caso de *Arbor* como en el CSIC, no llegan a comprender que ambos proyectos culturales –una revista y una organización científica– eran iniciativas personales de Rafael Calvo y de José María Albareda, figuras por lo demás muy distintas entre sí, que en uso de su libertad y su responsabilidad decidieron dirigir plataformas culturales propias y singulares junto a muchas personas que no eran del Opus Dei.

En otros campos del libro, Blasco y Mancebo proceden con más rigor, utilizando fuentes primarias. Entre otras cosas, ofrecen información sobre los lugares, las fechas, las asignaturas, los candidatos y los tribunales de las oposiciones de Historia aportando datos útiles. En el capítulo tercero, «Represión y exilio» (pp. 75-96), se afirma que un tercio de los catedráticos partió fuera de España como consecuencia de la Guerra Civil española (p. 24), de manera que fueron el exilio y las depuraciones los que impulsaron a que se convocaran las cátedras vacantes. En el capítulo cuarto, «El asalto a las cátedras» (pp. 97-126), investigan las oposiciones a cátedras de Historia, tanto los aspirantes como los miembros de los tribunales. Explican con claridad los cinco pasos de las oposiciones a cátedra universitaria: 1) convocatoria de la plaza vacante; 2) nombramiento por el ministro de Educación Nacional de los cinco

miembros del tribunal, formado por un presidente y cuatro vocales; 3) presentación de la documentación por parte de los aspirantes; 4) realización de los seis ejercicios; 5) votación del ganador (p. 97).

El capítulo quinto trata de una docena de oposiciones a cátedra de Historia a lo largo del curso académico 1941-1942. Las autoras lo titulan «El irresistible ascenso del Opus Dei 1941-1942» (pp. 127-156), lo que no se corresponde a la verdad histórica. De hecho, respecto a las doce cátedras consideradas, sólo dos profesores del Opus Dei obtuvieron cátedra. A la convocatoria de Historia Universal Moderna y Contemporánea de Sevilla y Valencia se presentaban seis candidatos: Pablo Álvarez Rubiano, Rafael Calvo, Vicente Genovés, Vicente Rodríguez Casado, Antonio Romeu y Alfredo Sánchez Bella (pp. 133-135). Una plaza fue para Rafael Calvo Serer, que tras el fracaso de su primera oposición en la Universidad de Granada en 1940, ganó la cátedra de Valencia, donde había recibido el premio extraordinario de Licenciatura y de Doctorado y era profesor auxiliar de las asignaturas de Historia General e Historia de España. Otra plaza fue para Vicente Rodríguez Casado, premio nacional de 1941 por su tesis sobre «Los primeros años de la dominación española en la Luisiana» y profesor ayudante de la Universidad de Madrid.

Ignorando los datos estadísticos, las autoras sostienen que la mayor parte de los catedráticos de Historia eran afines, partidarios, adeptos, simpatizantes o próximos al Opus Dei, aunque la etiqueta más utilizada sea «persona cercana». En la primera nota a pie de página de este capítulo vuelven a citar a Artigues e Ynfante (p. 127).

Pasando a otras cátedras, las de Historia del Derecho, Blasco y Mancebo se atreven a decir que «los tribunales de su disciplina los dominaba el Opus Dei» (p. 131) y enuncian algunos nombres de catedráticos en esos años: «Orlandis, 1942 Murcia; Ignacio de la Concha, Ángel López-Amo, desierta La Laguna 1946-47, Rafael Gibert e Ismael Sánchez Bella en 1950...» (p. 131). Al leer este elenco y los puntos suspensivos alguien podría sospechar que las personas del Opus Dei que obtuvieron cátedras en la Universidad desde 1939 hasta 1950 fueron legión, cuando en realidad fueron unos pocos en comparación con las cuatrocientas cátedras que se cubrieron. Las autoras no dan una cifra de las personas del Opus Dei que ganaron alguna de las cátedras convocadas. Otros historiadores sí han hecho cálculos: Pablo Martín de Santa Olalla sitúa en treinta y cinco los hombres del Opus Dei que alcanzaron la cátedra (*De la victoria al Concordato. Las relaciones Iglesia-Estado durante el primer franquismo (1939-1975)*, Laertes, Barcelona, 2003, p. 105). Ricardo de La Cierva rebaja la cifra a veintitrés (*Las puertas del infierno. La historia de la Iglesia jamás contada*, Fénix, Madrid, 1995, pp. 577-578). Mis cálculos coinciden con los de La Cierva, si bien no comparto algunas de sus valoraciones (*Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2008, pp. 357-358).

El libro recoge casi cincuenta páginas de anexos sobre planes de estudios, ejercicios de oposiciones, etc. Se trata de una obra bien editada, con abundantes fotografías, ilustraciones, tablas e índice de autores, que sin embargo queda deslucida por los no pocos errores y las abundantes erratas que contiene, así como por las faltas

de rigor científico ya señaladas y, por tanto, lo desacertado de concebir el Opus Dei como un grupo o facción política.

Onésimo Díaz

Rafael HERNÁNDEZ URIGÜEN, *Juego, ecología y trabajo: tres temas teológicos desde las enseñanzas de San Josemaría Escrivá*, Pamplona, Eunsa, 2011, 118 pp.

El autor reúne en esta publicación tres de sus intervenciones en los simposios de teología que organiza anualmente la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Este es el motivo externo que sirve de oportunidad para guiar el estudio sobre el tema elegido. El autor confiesa que trata exclusivamente los argumentos que le apasionan. Se trata de temas culturales en el sentido más profundo del término, bien porque el prestigio actual del objeto invita al desafío de afrontar la exposición de la doctrina teológica desde esa perspectiva, bien porque la pasión teológica intenta desarrollar conceptualmente un enfoque existencial. Este es, por decirlo de algún modo, el objeto material de estas páginas. Por su parte, el objeto formal, el nervio que une esta obra lo formula el propio autor en la introducción: «crece de día en día mi admiración por la perspectiva teológica que el espíritu expresado en los escritos de san Josemaría ofrece a quien se plantea repensar, bajo la luz de la fe, algunas de las tendencias y cuestiones culturales más vivas del momento histórico presente» (p. 14). Y, más adelante, afirma: «Espero haber esbozado alguna líneas de posible inspiración para progresar en la reflexión teológica partiendo de la enseñanza de san Josemaría» (p. 88). Por otro lado, conviene advertir que los capítulos primero y tercero comienzan su segundo subtítulo con la palabra «aproximación» y en el segundo aparece la palabra «apuntes»: el autor no tiene pretensiones sistemáticas ni su objetivo es decir la última palabra. Nos encontramos pues, no ante un estudio sobre el pensamiento del fundador del Opus Dei, sino ante unas reflexiones teológicas y antropológicas que se inspiran en sus enseñanzas.

En el capítulo primero el autor trata de reconstruir teológicamente la vida cristiana desde la perspectiva del juego. En el segundo afronta la exposición de la ecología desde una perspectiva teológica. En el tercero, por último, se esfuerza en mostrar la relación entre trabajo, contemplación y belleza. Se trata, ciertamente, de tres temas diferentes con pocas interrelaciones. En cambio, resultan totalmente solidarios entre sí porque la exploración de los escritos de san Josemaría en torno a estos argumentos orienta sus páginas. El propio autor declara la razón de este hilo conductor de cada uno de los ensayos: «En los dos estudios comprobé que en las enseñanzas del fundador del Opus Dei aparecen pistas de hondura teológica y, al mismo tiempo, dispuestas para vivir un cristianismo que revalore lo lúdico como vivencia filial y lo estético como radical humano y salvífico significativo» (p. 56).

La pregunta que orienta el capítulo primero reza así: «¿sería posible plantearse la consecución de la vida cristiana plena que supone la santidad en los términos de un juego?» (p. 16). A partir de ahí se desarrolla la idea del «juego de Dios con los hombres» (pp. 21 y 23), que se ilustra oportunamente con una reflexión sobre el comienzo del libro de Job. A continuación resume la exposición filosófica del juego que realizó R. Yepes y se intenta una comprensión de varios temas bíblicos como la paternidad de Dios, en la que destaca, de nuevo, la reflexión sobre el libro de Job, la aplicación del concepto de juego a la liturgia y las relaciones entre libertad y gracia, en la que destaca la interpretación escatológica del objetivo del juego, que no es otro que ganar. El autor no pretende desarrollar una hermenéutica completa, sino mostrar un modo claro y atrayente de expresar la doctrina teológica desde una perspectiva filosófica y culturalmente privilegiada. Finalmente, el autor enhebra un conjunto de textos de san Josemaría en los que se manifiesta ya una cierta comprensión de la vida cristiana como juego, especialmente a través de la filiación divina y de la vida de infancia, y la libertad, arriesgada y gloriosa, de los hijos de Dios. Para terminar, el autor señala su objetivo: «recuperar la dimensión lúdica para la teología», porque «se ha convertido en dimensión imprescindible en todos los ámbitos de la vida humana». Así, «puede resultar un lenguaje común que facilite el diálogo entre la fe y la cultura» (p. 53).

El segundo capítulo afronta «teológicamente otro radical de la cultura nacido en la segunda mitad del siglo XX que ha configurado ya la mayoría de los ámbitos sociales, políticos, científicos, en incluso culturales: la conciencia ecológica» (p. 56). Lo hace desde una «ecofilosofía personalista» (p. 57) y en relación a los análisis y propuestas del magisterio papal más reciente. A continuación se sumerge de lleno en las afirmaciones de san Josemaría sobre la nobleza primordial de la materia, debida a la creación, a la encarnación de Jesucristo, y a la realidad eucarística, que suscita en las almas una continua acción de gracias. En estas páginas la presencia de la homilía «Amar al mundo apasionadamente» se vuelve imprescindible. El siguiente apartado concreta en el cuerpo humano la presencia de Dios, lo cual permite comprender el trabajo como actividad sapiencial y la cotidianidad como el lugar de santificación de los hombres. De ahí deviene la obligación de los cristianos por crear un mundo cada vez más humano, tanto en su dimensión de transformación material que garantice una sostenibilidad sin estridencias de la vida material de la humanidad, como de la dimensión cultural y del desarrollo de la historia. De este modo, la redención experimentada por el hombre «naturaliza» el mundo, porque el cristiano actúa desde su propia intimidad con naturalidad, sin nada forzado, y adopta un estilo laical que permite la intervención de los cristianos en la historia sin clericalismos oficialistas. La propia vida física define el ámbito de la actuación humana santificable, por lo que el tiempo limitado de la misma determina su participación posible en la corredención. Así se logra «hacer endecasílabos de la prosa de cada día». El autor termina con dos apartados significativos: el desprendimiento como responsabilidad ante la creación divina y las aportaciones del ecofeminismo personalista. Y la conclusión termina con otra cita de san Josemaría: «se han abierto ya los caminos divinos de la tierra» (p. 90).

El tercer capítulo intenta articular los conceptos Dios-Trabajo-Belleza. Aquí la presencia de san Josemaría comienza en la primera línea, lo cual no es de extrañar porque la idea central de su doctrina puede resumirse en la expresión «santificar el trabajo». El presupuesto filosófico puede describirse por la eliminación de las contraposiciones artificiales entre estos conceptos. «Siempre he pensado que en las enseñanzas de san Josemaría Escrivá aparecen pistas luminosas para superar viejas aporías aceptadas pacíficamente durante siglos como definitivas e insuperables» (p. 91). La primera [aporía] que intenta diluirse es la que separa la contemplación del trabajo, para lo que acude a la historia de la hermenéutica de la escena evangélica de Jesús en casa de Marta y María, siguiendo la historia narrada por Ratzinger acerca de la doctrina de San Agustín sobre la misma, que cuadra maravillosamente con la doctrina de la unidad de vida desarrollada por san Josemaría. Por esa razón: «la armonía del existir humano comprende indisolublemente estas dos dimensiones de una dinámica superadora de la mera alternancia: *contemplo porque trabajo; y trabajo porque contemplo*» (p. 98). Eso corresponde exactamente al reto en el que san Josemaría resumía el trabajo de la santificación: «ser contemplativos en medio del mundo» (p. 99). Ese reto consiste primeramente en el movimiento ascendente que el Espíritu Santo inspira en los hombres y que se convierte en el esfuerzo personal para buscar a Dios en lo ordinario. El apartado 4 se titula significativamente: «Desde el trabajo cotidiano al encuentro con la belleza en la seriedad de la tarea» (p. 103). La idea central puede formularse de nuevo con palabras de san Josemaría: «el trabajo nace del amor, manifiesta el amor y se ordena al amor» (p. 104). Y el amor se expresa siempre de forma bella: «Todo lo que se hace por Amor adquiere hermosura y se engrandece» (p. 105). Así, «la actividad sapiencial en el trabajo se identifica con la actividad y mirada artísticas» (p. 105). Y si el hombre puede siempre amar, la creación y la contemplación de la belleza puede y debe tener lugar en la cotidianidad. «Ese recrearse en la belleza de lo creado ha de ser posible para el *homo viator* mientras camina, trabaja, lucha y sufre por *gestionar* este mundo presente con el fin de convertirlo en espacio habitable donde pueda asentarse el Amor ya en la historia» (p. 93). El contenido del último apartado puede resumirse con parte de su título: «La Eucaristía como primordial acontecimiento anticipador escatológico de una materia hermo-seada» (p. 110). El capítulo acaba con una breve conclusión: «Pienso que estas pinceladas sobre lo que he denominado reto de san Josemaría para armonizar la acción y la contemplación abren horizontes inmensos para una estética cristiana que, atraída por la tensión escatológica, sea capaz de convertir en arte de plenitud amorosa la respuesta de los bautizados a la llamada eterna del Padre en Cristo: recapitular con Él todas las cosas por la fuerza del Espíritu Santo. Esta respuesta, insistamos, acontece sincrónicamente en la cotidianidad y en los avatares de la dureza creativa del trabajo» (pp. 117-118).

Con el transcurrir de las páginas se observa en este libro una maduración de su objetivo: transformar en reflexión teológica la vida y la doctrina de san Josemaría. En el capítulo primero las palabras de san Josemaría quedaban como encerradas en un

apartado, aunque ciertamente era el último, mientras que en el tercero la perspectiva se empapa desde el primer momento de textos del santo, que definen tanto su estructura interna como sus desarrollos. De un encuadre cultural y filosófico en el que se sitúan los textos oportunos, se pasa a un comentario más detenido, a una profundización más radical y a una exposición más detallada de los textos.

Enrique Moros

Johannes VILAR, *Die Welt und der Christ – Meilensteine der Spiritualität des heiligen Josefmaria Escrivá*, Wien, Fassbaender-Verlag, 2010, 384 Seiten.

Josefmaria Escrivá, der Gründer des Opus Dei, ist in Deutschland vor allem durch seinen Aphorismenband *Der Weg* bekannt, der mit Recht bereits zu den Klassikern geistlicher Literatur gezählt wird. Escrivás große Bedeutung für die Kirche ist spätestens seit seiner Heiligsprechung 2002 unbestreitbar. Dass seine Botschaft aber auch für die Theologie von großer Wichtigkeit ist, wurde noch wenig erkannt und gewürdigt, obwohl Escrivá in mehreren wichtigen Bereichen ein Wegbereiter des Zweiten Vatikanischen Konzils war. Dies liegt zum Teil daran, dass bis dato nur zwei Bände der kritischen Ausgabe seines Gesamtwerks erschienen sind, deren Übersetzung ins Deutsche nicht vorliegt. Die Quellenlage ist also wenig günstig.

Johannes Vilar, der den heiligen Josefmaria noch persönlich gekannt hat, füllt mit seinem Buch eine wichtige Lücke. Es ist der Versuch, die Botschaft Escrivás anhand der eigenen Erfahrung und ausgehend von einer akribischen Sichtung der vorhandenen Quellen in einem nach Themen geordneten Kontext darzustellen und so „herauszuschälen“, was man die spirituellen Meilensteine seiner Lehre nennen kann: Heiligkeit für jedermann, Heiligung der beruflichen Arbeit, Lebenseinheit, geistliche Kindschaft, Ehe als Berufung, Engagement für die Freiheit u.a. Diese Schlagworte sind es dann auch, die das inhaltliche Gerüst des Buches vorgeben: Persönlichkeit und Wirken des heiligen Josefmaria Escrivá, Liebe zur Welt, Leben aus einem Guss, Eucharistie, die Mutter des Herrn, Berufung aller Getauften zur Heiligkeit auf dem Fundament der Gotteskindschaft, Säkularität und laikale Mentalität.

Vilar ergänzt diese Themen durch zwei Artikel, die bereits in anderen Sprachen veröffentlicht worden sind: einen Aufsatz über das Apostolat als Bestandteil der christlichen Berufung von Álvaro del Portillo, dem ersten Nachfolger Escrivás, und eine Abhandlung über die Freiheit des italienischen Philosophen Cornelio Fabro. Als *Anhang* seines Buches präsentiert Vilar eine teils leidenschaftlich gefasste Analyse unserer heutigen „post-modernen“ Welt in ihrer Krise der Sinnfrage und ihrer kontroversen Haltung gegenüber dem Glauben. Diese Ergänzung soll das Milieu zeigen, in dem ein Christ heute lebt und wirkt. Ein reicher Schatz von Fußnoten (1122 insgesamt) garantiert die Auffindung der Quellen trägt häufig auch zu einer Vertiefung des Behandelten bei.

Escrivá sagte stets, dass das Opus Dei nicht gekommen sei, um Neuerungen in der Kirche einzuführen. Vilar kommentiert das so: „Nirgendwo finden wir, dass er die Heiligkeit *erfunden* hat, sondern dass er die Aufgabe zugewiesen erhielt, alle Gläubigen an den Ruf zur Heiligkeit und zum Apostolat zu erinnern. Das ist kein Anhängsel, denn die christliche Berufung ist ihrer Natur nach Berufung zur Heiligkeit und zum Apostolat. Für den heiligen Paulus war das selbstverständlich, ebenso für die Epheser auch, die ermahnt wurden, sehr konkrete Tugenden zu erwerben und Sünden zu vermeiden, mit der Begründung, sie seien auf dem Weg zur Heiligkeit. Allerdings ist die Art und Weise, wie Escrivá die Akzente setzte und davon sprach, doch neu. Das Ergebnis war, dass manche mit Begeisterung reagierten, andere aber Anstoß nahmen“ (S. 231).

Escrivá kann paradox erscheinen. Das Gespann seines Lebens reicht von einer leidenschaftlichen Liebe zur Kirche Christi bis hin zu einer nicht weniger leidenschaftlichen Liebe zur Freiheit, von der Fähigkeit, ein kontemplatives Leben zu führen, bis hin zu jenem Realismus des Alltags, der fest in den irdischen Gegebenheiten und Beschäftigungen verankert ist.

Der Autor führt im weiteren aus, dass der neue Akzent die Heiligung inmitten der Welt am besten mit der Lebensauffassung der ersten Christen zu vergleichen sei, wie Escrivá selbst sagt. Ist das etwas Altes in einem neuen Kleid? Die Antwort Vilars überzeugt: „All das zeigt, dass wir vor einem altem Phänomen stehen, weil es im Evangelium Jesu Christi verankert ist, und gleichzeitig vor einem neuen, weil es sich in einer Weise inkarniert, die den Menschen von heute unbekannt ist. Unbestritten neu ist die Rolle, die bei ihm die berufliche Arbeit einnimmt. Die Arbeit ist die Achse, die alle anderen Tugenden zusammenhält, sie ist Mittel der Verbindung mit den anderen Menschen in der Gesellschaft, Erfüllung des Schöpfungsauftrags und Nachahmung des Arbeitslebens Jesu Christi. Abgesehen von den traditionellen Mitteln zur Heiligkeit, die in der Kirche ununterbrochen gelebt wurden, gehört auch die Arbeit dazu. Er (Escrivá) lehrte einen christlichen Materialismus. Der Katechismus der Katholischen Kirche erkennt an und verkündet für alle Christen, dass die berufliche Tätigkeit ein Weg zur Heiligkeit ist, ein Mittel, um die irdische Wirklichkeit mit dem Geiste Christi zu durchdringen, und dass mit Christus vereint zu arbeiten, erlösend sein kann“ (S. 233).

Die Auswahl der Zitate ist mit großer Sorgfalt geschehen. Johannes Vilar hat Escrivá tatsächlich in erster Linie selbst zu Wort kommen lassen, wie er sich in der Einleitung vorgenommen hat. Man sieht immer wieder, wie die Verkündigung Escrivás in der Heiligen Schrift und in der Lehre der Kirche verankert sind, freilich verpackt in eine echt „laikale Spiritualität“, wie Albino Luciani (der spätere Papst Johannes Paul I.) bemerkt hat. Aber das Entscheidende dieses Buches ist die Verbindung von sehr verschiedenen Aussagen, das Schaffen eines Kontextes, in dem die Worte Escrivás klar zur Geltung kommen. Ferner sind die Strukturierungen und Zusammenfassungen, die Vilar immer wieder vornimmt, nützlich und erhellend. Positiv ist auch, dass Aktuelles in Theologie und Kirche aufgegriffen wird (vgl. S. 240).

Bleibt zum Schluss zu fragen, für wen das Buch nützlich ist. Vorab sei gesagt, dass die Fülle des Materials und die Nüchternheit seiner Bearbeitung, die manchmal etwas straffer hätte ausfallen können, die Lektüre des Buches nicht zu einem locker-flockigen Erlebnis machen. Man wird es eher genießen, wenn man jeweils ausgewählte Kapiteln daraus liest. Demjenigen, der sich erstmals mit Escrivás Botschaft beschäftigen möchte, wird eher eine der zahlreichen Biographien über den Heiligen zu empfehlen sein. Das hier vorliegende Buch ist mehr für einen Leser gedacht, der den Inhalten und ihren Zusammenhängen auf den Grund gehen möchte. Er wird nicht enttäuscht werden: Escrivás Botschaft ist bedeutend für Menschen, die in der heutigen Zeit ernsthaft als Christen inmitten der Welt leben wollen. Der heilige Josefmaria Escrivá vermittelt nicht bloß eine Theorie von beachtlichem theologischen Gewicht, sondern zeigt auch pädagogisch meisterhaft, *wie* Christsein in der Tat und im Alltag gelebt werden kann. Vilars Buch trägt dazu bei, dass man Escrivás Botschaft *entdecken* kann.

Stephan Patt